

Dios, sintiendo en cada instante un beneficio de su mano liberal, sabiendo que su justicia puede castigarlo de repente, tenga la osadía de ultrajarlo y despreciarlo? ¿Cómo es posible que Dios, conociendo la ingratitud del hombre, apreciando en su verdadero valor la injuria recibida, sabiendo que el pecador está dispuesto á ofenderlo de nuevo, lo tolere, y le dé su gracia y le prometa el perdón? Aquí se tocan dos abismos: el abismo de la vileza humana y el de la grandeza divina; el abismo de la miseria del hombre y el de la misericordia de Dios. Bendice, alma ingrata, al Señor, porque te ha dado tiempo para conocer la malicia del pecado y gracia para aborrecerlo.

PUNTO II.—Considera cuán grande mal sea el pecado, por las terribles consecuencias que de él han provenido. Inmediatamente que pecó Adán, fue expulsado del Paraíso de delicias, condenado á comer el pan con el sudor de su rostro, sujeto á las enfermedades y á la muerte; esto por lo que hace al cuerpo. Respecto del alma, quedó privado de la gracia santificante, envuelta su inteligencia en tinieblas y sufriendo la rebeldía de la carne y los ardores de la concupiscencia; y lo peor era, que toda la humanidad participaba de su desgracia como había participado de su culpa. ¡Oh, que mal tan horrible que ha inundado la tierra de tantas calamidades!, guerras, pestes, hambras, incendios, terremotos, muertes repentinas; todos estos males y otros que nos afligen son efecto exclusivo del pecado. ¡Oh! Dios mío, ¡si quedaran en esto solo sus funestos estragos! Pero nó, en la eternidad es donde brilla tu justicia; allí, en la mansión del llanto y del dolor, es donde descargas sobre el réprobo todo el peso de tu cólera. ¡Oh infierno! ¡Qué horrible eres! Pero menos horrible que el pecado, que ha sido causa de que existieras. Mas para tener una idea de lo que aborrece Dios el pecado, es preciso contemplar á Jesucristo crucificado en el Calvario. El

es inocentísimo y purísimo, pero tiene las apariencias de pecador, y esto basta para que el Padre eterno lo castigue sin piedad. ¡Oh pecado mil veces horrible que has causado la pasión y muerte de mi Salvador!, yo te abomino con todo el corazón. Aborrécelo tu también y pide á Dios la gracia de llorarlo debidamente.

PUNTO III.—Considera que nuestra Madre María Santísima ha sido concebida sin pecado original. No era posible que la Mujer destinada á quebrantar la cabeza de la infernal serpiente, sintiese su mortífera mordedura; que la que había de ser Madre del Dios tres veces Santo, fuese antes hija de Satanás; que la futura Esposa del Espíritu Santo, fuese primero cautiva del demonio. Alégrate, hijo de María, porque tu purísima Madre ha triunfado de la muerte y del infierno; alaba la Omnipotencia de Dios que ha confundido la soberbia de Luzbel; engrandece su Sabiduría que se ha servido de un débil instrumento para sus designios, y bendice á tu Reina y Señora por el singular privilegio de su concepción inmaculada. Pídele con fervor que desate las ligaduras con que te tiene aprisionado el enemigo común. Hazle presente el triste estado á que te tienen reducido tus crímenes, á fin de moverla á compasión. Mira que ella nunca desoyó los lamentos de sus hijos; no desechara pues los tuyos, si son humildes y sinceros.

VI

MEDITACIÓN SOBRE LA MUERTE

PUNTO I.—Considera que está establecido que todo hombre ha de morir una sola vez, y que nadie sabe el momento de su muerte. De modo que nada es más

cierto que la muerte, y nada más incierto que la hora en que moriremos. ¿Quién duda de que ha de morir? Todos los objetos que nos rodean nos recuerdan esta verdad; en el momento menos pensado nos traen la funesta noticia de la muerte de un pariente, ó de un amigo, ó de una persona notable; al pasar por la calle tropezamos con el féretro que marcha al cementerio; en medio de una diversión nos interrumpe el importuno sonido de la campana que pide oraciones para uno que murió; y sin embargo, vivimos como si nunca hubiéramos de morir. La vida nos ha sido dada por Dios con el objeto exclusivo de que nos preparemos á una muerte santa, y nosotros abusando de este dón precioso la mal gastamos en frívolos pasatiempos y criminales excesos. ¡Oh incomparable ceguera la del hombre!; y ¿qué será si se considera que la hora de nuestra muerte es un misterio, para cada uno de nosotros? Nuestro Señor Jesucristo dice que en la hora en que no pensemos vendrá el Hijo del Hombre: que estemos en vela, porque no sabemos el día ni la hora. Desgraciado de aquel que no practique esta enseñanza del Hijo de Dios; tendrá la misma suerte de las vírgenes necias, por haber tenido su misma conducta; será sorprendido por la llegada del Esposo, encontrará apagada la lámpara de la caridad; y merecerá ser excluído y rechazado de las bodas. Si quieres evitar esta desgracia, comienza desde este instante á prepararte para morir

PUNTO II.—Considera que la muerte en pecado es el mayor mal que te puede suceder. Un mal se aprecia en sí mismo y por sus consecuencias. La muerte del pecador es horrible en sí misma, porque va acompañada de un cruel remordimiento, del amargo recuerdo de una vida criminal, del vehemente dolor de abandonar riquezas acaudaladas con tantos afanes, honores adquiridos con tantos sacrificios, placeres gozados con tantos peligros; y si á esto se agrega el pensamiento

fijo de la eternidad, que lo sobrecoge de temor y de espanto, la idea del severo Juez que ha de pesar todas sus acciones, que lo estremece y aterra, la terrible desesperación que angustia y oprime su espíritu, ¿quién podrá imaginar una desgracia mayor? La muerte en pecado es mucho más horrible todavía por sus consecuencias. ¿Cuál es la suerte del pecador en la eternidad? Ser maldito de Dios para siempre, sufrir todo género de tormentos sin esperanza de alivio; estar privado de todos los bienes sin consuelo de ninguna especie. Con razón llama la Escritura pésima la muerte de los pecadores. No quieras ser un triste ejemplo de esta verdad. Pide con humildad al Señor que ilumine los ojos de tu alma, para que no te sobrevenga la muerte en estado de pecado.

PUNTO III.—Considera cuán preciosa fue la muerte de María. Sabido es que la muerte de los justos es preciosa delante del Señor. Cuánto no lo sería la de su querida Hija, amada Madre, y santa Esposa! Murió como había vivido; llena de merecimientos, rica de virtudes, colmada de los dones del Espíritu Santo. Su muerte fue un deliquio de amor, en que su alma inflamada de caridad se desprendió del cuerpo para volar al cielo. ¡Cómo la convidaría su amado Esposo, diciéndole: ven amada mía, ven paloma mía, ven á recibir el premio de tus trabajos, ven á coronarte de gloria, ven para que mis ángeles te alaben y mis santos te bendigan; ven, y te daré el cetro de Reina del mundo. ¡Oh! con qué afectos de amor y de alabanza correspondería la Virgen esta amorosa invitación! Ella que no suspiraba sino por Dios! Con qué gozo vería que se acababa su destierro, que era llegado el tiempo de su libertad! ¡Bendita seas mil veces, oh Madre de mi redentor, por tu purísima vida y edificante muerte! Alcánzanos de tu querido Hijo, ¡oh madre nuestra! la gracia necesaria para morir en santidad y justicia y tener la dicha de besar tus pies en la patria celestial.

VII

MEDITACIÓN SOBRE EL JUICIO PARTICULAR

PUNTO I.—Considera que la primera consecuencia de la muerte en pecado, será el juicio formidable de Dios. Apenas habrá el alma abandonado su cuerpo se encontrará en presencia de su Juez, sola, sin más testigo que su conciencia, aterrada por la majestad de Dios, despavorida y llena de espanto. Entonces se le presentarán todos sus pecados, con toda su deformidad con toda su malicia; desaparecerán todas las excusas con que durante su vida pretendía atenuar su gravedad; conocera, aunque tarde, la levedad de los pretextos con que dilataba su conversión, y sentirá á su pesar la justicia con que Dios la castiga, ¡Qué confusión experimentará cuando escuche de sus labios la terrible sentencia! Pedirá á los montes que caigan sobre ella y la aniquilen; suplicará á los abismos que la escondan en su seno hasta que pase el furor de su Juez; pero ella misma se reprenderá exclamando: ¿A dónde iré que no me penetre tu espíritu? ¿A dónde huiré que no me confunda tu mirada? Estoy desterrada de los Cielos que son tu habitación y destinada al infierno donde me persigue tu presencia. ¡Oh presencia de Dios! ¿Cómo te evitaré? ¿Qué haré para no sentirte? Así se expresará el alma en ese día que llama el Espíritu Santo. “Día de ira, día de tribulación y de congoja, día de calamidad y miseria, día de tinieblas y obscuridad, día de nublado y de tempestad”. ¡Ah! con razón se han poblado de anacoretas los desiertos y de penitentes los claustros. El temor de los juicios de Dios los ha conducido allí, á castigar su cuerpo con rigor para alcanzar misericordia en el supremo tribunal. ¿y piensas conseguirla tú

sin refrenar tus pasiones y mortificar tus sentidos? Mucho te equivocas, si temiendo la ira del Señor, resistes á su gracia.

PUNTO II.—Considera que en este juicio será estricto el examen, justo el fallo, irrevocable la sentencia. Darás estrecha cuenta de los pecados que cometiste ó hiciste cometer; de las buenas obras que hiciste ó dejaste de hacer; de las gracias que despreciaste ó no recibiste por tu culpa; en fin, de todo el mal que has causado y todo el bien que has impedido. Según este examen prolijo será fallada tu causa con perfecta equidad y justicia. Tú mismo conocerás la suerte que te toque y si esta suerte fuese desgraciada ¿podrás alguna vez expiar tu pecado y conseguir el perdón? Nó; porque en el infierno no hay redención, porque del lado que cayere el árbol permanecerá para siempre ¡Oh Señor!, ¡cuán terribles son tus juicios, cuán terrible tu venganza! Si pesaras al justo lo hallarás falto ¿que será de mi pobre pecador? ¿Qué será de mí cuando me juzgues y pongas ante mis ojos todas mis abominaciones? ¡Ah Dios mío!, si pusieras la atención en mis iniquidades ¿cómo podría resistir el ímpetu de tu ira? Por eso te pido, Señor, que no me reprendas en tu furor ni me castigues en tu cólera. De lo profundo de mi miseria clamo á tí: Dios de misericordia, escucha mi oración.

PUNTO III.—Considera que la protección de María es un medio muy poderoso para aplacar la cólera de Dios. Su indignación deja de estallar cuando esta Virgen clementísima interpone sus poderosos ruegos. Su divina Majestad se complace en escucharla y concederle lo que le pide. Si quieres tener á Dios propicio y que no te condene en el día de su ira, invoca á María, cúbrete con su manto, pídele que te ampare en la vida y en la muerte. Así conseguirás morir en la amistad del Señor y obtener sentencia favorable en su divino tribu-

nal. María es el clarísimo espejo en que se reflejan los rayos de la justicia divina; allí pierden su fuerza destructora y se convierten en rayos de luz y de gracia: interpuesta entre Dios y los pecadores, atrae sobre éstos una lluvia de bendiciones; constituida Madre de los hijos de Adán, derrama á manos llenas el torrente de las misericordias del Señor. ¡Oh Virgen purísima!, muy justo es que todas las generaciones te bendigan y canten tus alabanzas, porque eres el refugio de los cristianos, la abogada de los pecadores, el consuelo de los afligidos. Yo, Señora mía, aunque pobre y miserable, bendigo tu santo nombre é invoco tu clemencia cerca de mi Juez.

VIII

MEDITACIÓN SOBRE EL INFIERNO

PUNTO I.—Considera que la pérdida de Dios es el más cruel de los tormentos del infierno. Mientras vivimos en este mundo no conocemos á Dios, sino como por un espejo y en enigma, en la eternidad lo conoceremos tal como es. Este conocimiento hará la felicidad de los elegidos y el suplicio de los condenados. Los primeros gozarán de la belleza infinita de Dios y se saciarán de su gloria y de la abundancia de su casa; en tanto que los segundos sufrirán la pérdida del bien infinito y padecerán hambre y sed en su cárcel de tinieblas. ¡Oh, qué cosa tan horrible es perder á Dios! Para comprenderlo de alguna manera, escuchemos las tristes exclamaciones del réprobo: He perdido á Dios, dice, esto es, á mi primer principio y último fin, á mi Redentor que padeció tantos tormentos y murió en una cruz, sólo por salvarme; á mi Padre que tantas veces me pi-

dió el corazón para santificarlo con su gracia. ¡Oh! de alguna manera quisiera consolarme de esta pérdida, pero no es posible, porque la fuente de los consuelos está segada para mí; si al menos me fuera indiferente, yo sentiría algún alivio; pero no, me siento irresistiblemente atraído hacia Dios, como á mi centro, y cruelmente rechazado de él, y en esta atracción y repulsión paso mi vida lleno de rabia y siempre desesperado. ¿lo oyes, pecador? Mide lo que pierdes perdiendo á Dios, y consulta con tu corazón si seguirás pecando con riesgo de perderlo, ó aborrecerás el pecado con la esperanza de ganarlo.

PUNTO II.—Considera el acerbo dolor que experimentará, el réprobo al pensar que si ha perdido á Dios ha sido por su culpa, y que lo ha perdido para siempre. El condenado tendrá delante de los ojos todas las gracias que recibió del cielo y que no aprovechó; recordará vivamente todas las veces que amenazándole con el infierno, le aconsejaban que abandonase el pecado, tendrá presente lo poco que necesitó hacer para salvarse, y las muchas penas y amarguras que le hizo sufrir el mundo, de todo lo cual deducirá claramente que se ha condenado por su culpa, por no haber hecho un pequeño sacrificio, por no haberse privado de un ligero placer. La Escritura refiere que Esaú vendió su primogenitura por un plato de lentejas, y que prorrumpió en amargos gemidos cuando vio á Jacob bendito por su padre, quedando él privado de todos sus derechos; sólo entonces comprendió la importancia de lo que había perdido por tan vil y miserable precio. Triste, pero exacta figura del pobre condenado. Vendió su derecho al cielo por un poco de polvo, ó un vano título, ó un momento de ilusión, y no se apercibió de su locura. Mas ahora que ve á sus hermanos de destierro benditos por su Padre, mientras que él se encuentra desterrado de su Patria deplora su necesidad y llora su des-

gracia. Y lo peor es que no hay remedio para su mal, no hay alivio para su pena, no hay consuelo para su amargura. Su Juez irritado, le ha dicho: “Apártate de mí, maldito, al fuego eterno”; y el eco de esta maldición resuena en sus oídos para quitarle toda esperanza. Siempre sufrir; jamás descansar: he aquí su destino por toda la eternidad.

PUNTO III.—Considera el glorioso tránsito de María, de la tierra al cielo. Su purísima alma, rotas ya las cadenas de su servidumbre, fue á ocupar el trono que le estaba preparado. “Una Reina se sienta á la derecha de Dios; de oro es su vestido, adornada está con variedad de gracias y virtudes: el Rey de los cielos está prendado de su belleza; las hijas de Tiro le ofrecen dones y sus humildes ruegos; en pos de ella serán conducidas al Rey un ejército de vírgenes para formar su corte; entrarán al templo del Rey llenas de regocijo y alegría. Se desposará la Reina y le nacerán muchos hijos, en lugar de sus padres, que serán los príncipes de la tierra; bendito será un nombre de generación en generación y todos los pueblos la alabarán eternamente”. ¿Quién no ve que estas figuras de la Escritura Santa son aplicables á María, coronada de gloria? ¡Ah! el alma cristiana rebosa de Júbilo y contente al contemplar la beatitud de su soberana Reina, y arde en deseos de reinar con ella en el paraíso. María es la puerta del cielo; el que no entre por ella, perecerá. Con María es segura la felicidad eterna: sin María es inevitable la eterna desgracia. Elige entre ambos partidos, en presencia de Dios.!

IX

MEDITACIÓN SOBRE LA MISERICORDIA DE DIOS CON
EL PECADOR

PUNTO I.—Considera cuán grande es la misericordia de Dios para el pecador arrepentido. Nuestro Señor Jesucristo nos la da á conocer en la tierna parábola del hijo pródigo. Un padre tenía dos hijos; el menor de ellos le pidió su herencia, y habiéndose retirado de la casa paterna á una región muy distante, la disipó viviendo en el desorden. Sobrevino en aquel lugar una gran hambre, y no teniendo cómo subsistir, se puso al servicio de un amo duro y cruel que lo destinó á cuidar inmundos animales. Deseaba llenar su vientre con las bellotas de los puercos, y nadie se las daba. Encontrándose en este estado volvió en sí y exclamó; cuántos criados en la casa de mi padre abundan en pan y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré, iré á mi padre, y le diré: Padre mío, he pecado contra el cielo y delante de tí, no soy digno de llamarme tu hijo; y levantándose fue donde su padre. Como estuviese todavía lejos, le vio el padre, y movido de misericordia corrió á abrazarlo y lo besó. He aquí trazada la conducta del pecador y la de Dios. El pecador consume los dones de naturaleza y gracia, con que lo había dotado la Providencia, en su vida de pecado. Muy pronto experimenta hambre cruel, y el demonio á quien ha elegido por amo, no le permite que la sacie ni con los groseros placeres de los sentidos; entonces, vuelto en sí de su letargo, resuelve convertirse á Dios, se levanta con ánimo generoso para ir á la casa paterna, y Dios le sale al encuentro, lo estrecha entre sus brazos de padre y lo colma de caricias. ¡Bendita sea la misericordia de Dios! ¿Quién

no se convierte á penitencia teniendo un Padre tan tierno y tan bueno? Bendice, alma mía, al Señor, y cuanto hay en mí bendiga su santo nombre; bendice, alma mía, al Señor, y no te olvides de sus beneficios. No los olvidaré, nó; muy al contrario, cantaré para siempre las misericordias de mi Dios.

PUNTO II.—Considera que la misericordia de Dios dispensa al pecador favores extraordinarios que no concede al justo. Así lo demuestra la conclusión de la parábola. Y dijo el padre á sus criados: traed al punto el vestido más precioso y vestidlo, poned un anillo en su mano y calzado en sus pies; y traed un ternero cebado, y comamos y celebremos un banquete; porque este mi hijo había muerto y ha resucitado, se había perdido y lo he encontrado. Entonces el hijo mayor dio quejas á su padre, diciéndole: yo te he sido siempre fiel y, sin embargo, no has practicado conmigo estos excesos de bondad; y al hijo que te ha sido ingrato, que ha disipado su patrimonio, le preparas un suntuoso banquete; y el padre le contestó: hijo, tu siempre estás conmigo y todos mis bienes son tuyos. ¡Oh munificencia de Dios con el pecador! Con mucha verdad nos dice el Evangelio, que habrá mayor gozo en el cielo por la conversión de un pecador, que por la perseverancia de noventa y nueve justos. Dios quiere que el hombre, cuando vuelve hacia él, sienta cuán dulce es el Señor; por eso lo regala con profusión, para que se aficione á su servicio y no lo abandone jamás. El justo, que ya ha gustado las delicias de la virtud, que posee el corazón de Dios y con él todos los bienes, debe sufrir la privación de muchos consuelos para merecer mayor premio y mayor gloria. Para el pecador arrepentido son las dulzuras; para el justo, las aflicciones.

PUNTO III.—Considera que María es Madre de gracia y misericordia. Su corazón maternal es el trono adonde debe acudir el miserable en busca de socorro.

Nuestro Señor Jesucristo es el autor de la gracia y la fuente de la misericordia, y ha hecho á María depositaria de todos sus tesoros. Ella es el arca de la alianza que contiene, no los tablas de la ley, sino al mismo legislador Cristo Jesús. tipo de todas las figuras y término de todas las profecias, que ha sellado con su sangre la nueva alianza y el Nuevo Testamento. Por eso toda gracia nos viene por María; y así como no podemos acercarnos al Padre sino por Jesucristo, no podemos acercarnos á Jesucristo sino por María. ¡Oh Virgen clementísima! somos unos pobres pródigos, alejados voluntariamente de la casa paterna, y recurrimos á tí para que nos presentes á tu Hijo y Señor nuestro; muy mal nos ha ido lejos de su compañía, y queremos que tú intercedas con él para que nos reciba, siquiera como sus criados; no merecemos ser sus hijos, pero deseamos ser sus servidores. Alcánzanos esta gracia ¡oh Madre nuestra! por tus entrañas de misericordia.

X

MEDITACIÓN SOBRE LA IMITACIÓN DE JESUCRISTO

PUNTO I.—Considera que el cristiano debe imitar á Jesucristo, como único modelo. El primer hombre se perdió por querer asemejarse á Dios, y nosotros debemos salvarnos, asemejándonos á Jesucristo. Él nos dice: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”. Caminemos, pues, por la senda que nos trazó con su sangre; sigamos su enseñanza que es prenda de salud; vivamos con su vida, para poder decir con el Apóstol: “Vivo yo, mas no soy yo; Jesucristo es el que vive en mí”. ¿Qué quiere decir cristiano? Cristiano quiere decir discípulo de Cristo. Sólo merece, pues, este nombre el que imita